

UN LUGAR PARA ESCRIBIR

AUTOR: ILEKHAM

Darla sintió un escalofrío recorrerla completamente. Ahí estaba otra vez, posada en su espalda. Esa presencia. Una vez más, ya casi de forma mecánica, se giró para encontrar la pared desnuda. Había secciones de la misma más claras que el resto, allí donde hubo varios cuadros colgados, el último hasta hacía unas horas.

Había decidido sacarlos del cuarto cuando empezó esa extraña sensación. Notaba alguien detrás de ella, observándola mientras escribía, mirando por encima de su hombro la pantalla de su portátil. Al principio no era más que un instante pasajero y efímero, insustancial como los sueños pero real como la muerte. Poco a poco, esa impresión había ido ganando solidez, convirtiéndose en algo más que un pensamiento, volviéndose tangible. No quería hacerle caso pero cuanto más intentaba ignorarla, más presente se hacía. Sólo en los momentos en los que estaba concentrada en su escritura, en esa novela que a punto estaba de concluir, el fantasma, por llamarlo de algún modo, si bien no creía en esas supercherías, parecía desvanecerse en las brumas de la fantasía.

Desde la primera vez que lo notó tardó una semana en empezar a quitar los cuadros. Primero la fotografía enmarcada de su bisabuela. Recordó que su madre le había contado que ella, en uno de los arranques de locura que la atenazaron en su vejez, rompió los cuadernos donde, de niña, había escrito poemas y relatos, algunos de los

cuales se perdieron para siempre, al grito de “están malditos”. Afortunadamente, antes de su muerte, ya centenaria, había logrado transmitir a su joven bisnieta el placer de la imaginación narrada, donde la mentira era más auténtica que la verdad.

Entre palabras y recuerdos, Darla comenzó a sentir que el retrato la miraba amenazadora, que todas esas poesías e historias desaparecidas décadas atrás habían renacido de las cenizas del tiempo para vengarse de su autora original en su joven heredera. Inicialmente, no era más que una mueca atisbada de reojo en el momento de sentarse frente al ordenador, allí, en el despacho que había acondicionado como lugar para escribir, y que desaparecía en cuanto le prestaba atención directa. Si embargo, el mohín desdeñoso se transformó en un rictus de desagrado, con la mirada torva y los labios apretados.

La joven se decía a sí misma que todo había de ser producto de su imaginación, acaso influida por los pasajes más tenebrosos de su relato. Sin duda era eso, no podía tratarse de una vuelta de tuerca de lo sucedido a Dorian Grey y su retrato. A pesar de ello, el semblante en blanco y negro era una daga punzante en la nuca de Darla que continuamente la incomodaba, por lo que tomó la decisión. Sí, aquel fue el primer cuadro que retiró del cuarto para su trabajo de escritora. Curiosamente también había sido el primero que colocó, en recuerdo y homenaje a quien le regaló su primera estilográfica, años atrás.

A la fotografía le siguió una tela que mostraba una escena de caza, utilizada para concebir las persecuciones en el bosque imaginario de su novela. La sangre descrita era más brillante y pastosa que la reflejada en la tela enmarcada, los ojos del perseguido eran más grandes que los de los ciervos, su miedo era mayor, los cazadores eran más sanguinarios y vehementes en su acoso. El relato era más real que la imagen colgada y por eso, tal vez quisiera vengarse, reclamar su puesto como madre de los personajes del

libro, cada vez más cercano a su conclusión. ¿Le apuntaban a ella las escopetas pintadas? ¿Le señalaban los cuchillos de caza? Quizá su subconsciente le lanzaba una voz de alarma, quizá le pidiese que moderara su expresión y evitara la exageración que resta credibilidad. Se estaba dejando llevar y, en consecuencia, perdiendo el control. Tocaba hacer alguna corrección. Este pensamiento fue amortiguado por una pequeña y breve risa de incredulidad y desafío. Pero no había nadie en esa sala aparte de ella. Nadie excepto la presencia que se había aposentado en ese despacho. La sensación de su existencia era ya real, física; no podía negarla o concebirla como el producto de su mente, febril ante la cercana conclusión de su primera obra.

Los primeros días en los que había trabajado en ese despacho, toda percepción externa había sido fácilmente arrinconada a una esquina apartada de su cabeza concentrada en su labor. Ahora, el ente se estaba fortaleciendo a medida que se acercaba la conclusión de su trabajo. Aquel ser incorpóreo e invisible parecía ahora señalarle la escena de caza como premonición -¿predestinación?- de lo que iba a suceder, del papel que iban a jugar en su propia historia.

Así, la cacería fue el segundo cuadro que la mujer retiró unos días después del primero, mientras, además, la presencia que la escrutaba –ya no era una simple observadora casual- se presentaba más a menudo.

Quedaban dos cuadros más en la habitación: un bodegón y un mapa antiguo enmarcado.

Al día siguiente todo parecía haber quedado en calma. La sensación de desasosiego que precedía a la de amenaza no se presentó durante todo el día, de modo que Darla pudo concentrarse en subyugar la rebelión de sus criaturas y recuperar el control del relato. Así fueron pasando las horas, una, dos, tres, cuatro... repentinamente

la mujer se detuvo y observó su labor del día: una mísera docena de líneas en todo el tiempo que había estado escribiendo. No era posible, no podía serlo, estaba segura de haber producido mucho más. Con rabia, se levantó de la silla que ocupaba y gritó. Gritó y maldijo, amenazó y blasfemó. Miró hacia su espalda, esperando encontrar al ente responsable de todo su miedo, delirio y furia. Lo que vio le hizo temblar: en el bodegón había gusanos reptando, alimentándose de los restos putrefactos de la fruta y el pan; la botella de vino que acompañaba la pintura estaba rota con un contenido ocre viscoso cayendo por las grietas; por las paredes rezumaba una sustancia verdosa.

Cerró los ojos y sacudió su cabeza, intentando al tiempo contener las lágrimas que pugnaban por salir y darle alivio. No podía ser débil, sabía que lo que fuese que estaba riéndose de ella lo aprovecharía de algún modo. Con cautela los abrió de nuevo, dispuesta a afrontar la desagradable escena del cuadro pero allí ya no quedaba rastro de podredumbre y la imagen estaba tan clara y viva como a primera hora de la mañana. Sin poder, o tal vez sin querer, reprimir la violencia que emanaba de su ser, agarró el cuadro y lo lanzó al otro extremo de la estancia. Chocó contra la pared y cayó al suelo intacto. Tanto el marco como el cristal permanecieron inalterados. Sin embargo, los pocos metros que lo separaban de Darla, se convirtieron en dos mundos diferentes para ella. Sentía que el peligro había sido conjurado, que ahora todo estaba tranquilo y que la amenaza había pasado. Miró su reloj para asegurarse de su consciencia sobre el paso del tiempo, ese cronómetro interno que nos indica que permanecemos en una realidad concreta y nos aleja del abismo insondable de lo eterno.

Se dispuso a continuar con su labor, con esa condena autoimpuesta que estaba cumpliendo y de la que algo en su interior le impedía absolverse y abandonar la prisión en que se había convertido ese lugar para escribir destinado en principio a ser su refugio. En ese instante se fijó en el último de los cuadros que quedaba colgado: el

mapa. Un perfil irregular de la costa dálmata se dibujaba sobre un papel satinado. Los ocres apagados que cubrían la zona interior estaban acompañados por un azul claro más brillante del área marítima. Únicamente algunas islas como Lokrum o Hvar rompían el equilibrio entre ambas zonas. La mujer se descubrió a sí misma mirando con un inusitado interés la imagen si bien, a diferencia de las anteriores ocasiones, eso le produjo una calma interior que reforzaba la tranquilidad que le rodeaba. Sí, el mapa le daba fuerza para continuar. Quizás eran los recuerdos de los buenos días que había pasado allí aunque, en realidad, daba igual si se trataba de otra cosa. Lo importante era que se sentía mejor. Se sentó y prosiguió su novela durante una hora más. Esta vez, dos páginas completas, con dominio sobre lo que escribía, fueron el premio a su esfuerzo.

Guardó su avance y salió de la habitación mirando con desprecio el cuadro caído, al cual propinó una patada al cruzar la puerta, enviándolo a un rincón, donde lo contempló con desdén.

Al día siguiente, tras una noche de sueño plácido, volvió con energía renovada al despacho, segura de poder finalizar su libro para dejarlo reposar como el vino y, unas semanas después, retomarlo para revisarlo y hacer las correcciones que estimara oportunas. Lo imprimiría antes y podría dedicarse a ello tranquilamente en un banco del parque, igual que cualquier otra persona que fuera a leer bajo el sol con la única diferencia de un rotulador rojo en la mano. Sí, continuar fuera de allí, ponerse en libertad.

Tras un frugal desayuno, se encaminó a su tarea. Antes de sentarse, dedicó una mirada serena y agradecida al mapa enmarcado, que pareció responderle con la muda complacencia del deber bien hecho.

Al poco, cuando ni siquiera había alcanzado la concentración necesaria para plasmar sus pensamientos de manera fluida en la continuación de la historia oyó un

chasquido acompañado de un sonido que cristal quebrado. Darla tembló mientras sentía cómo una garra jugaba con sus entrañas para desvanecerse en un rastro de hielo. Conteniendo su miedo a duras penas, se levantó de la silla y sin mirar atrás salió de la estancia. Con calma mecánica fue a la cocina, pasó junto al fregadero donde aún estaban el plato y la taza del desayuno y abrió la puerta del armario en el que guardaba la escoba y un recogedor. Volvió a la habitación, deteniéndose primero en el umbral al sentir cómo el ordenador le impelía a continuar escribiendo –ya recogería los cristales después-. Pero no entró, su mirada estaba fija en la pared vacía con cuatro áreas blancas como únicas confidentes de la historia allí acaecida. Sus ojos se posaron en la que había ocupado el mapa buscando la fortaleza cuyas murallas se encontraban destruidas y cuya guarnición había sido derrotada y lanzada al suelo, a los pies de su vencedora, quien se negaba a mostrar su aspecto.

Cerró los ojos e inspiró profundamente con la intención de crear una coraza temporal que le permitiera dar un entierro digno al pergamino impreso y al cristal y al marco que habían sido su refugio. Entró y se dirigió al fondo, a la pared. No notó nada. ¿Era una muestra de respeto a los caídos o una mera burla? ¿Había oído un murmullo de satisfacción proveniente del portátil? ¿Se reían sus creaciones de ella? Nada, tan sólo silencio. Procedió entonces a limpiar los restos del último cuadro. Algo sorprendida, comprobó que el mapa estaba intacto mas ya no era capaz de viajar a ese mundo de tinta y papel y hacer que creciera a su alrededor. Había perdido su poder y ya no le era útil. Recogió todos los cristales y los restos del marco desvencijado y los llevó a la cocina; volvió, enrolló el pergamino y lo llevó a su dormitorio. Acarició la colcha de su cama, como despidiéndose de una vieja amiga, y cerró la puerta al salir.

De nuevo estaba delante de la pantalla, mirándola con los ojos huecos de la locura, paralizada, negándose a finalizar. Sus brazos se movieron con voluntad ajena y

el primer carácter de los que faltaban apareció en pantalla, con esfuerzo un segundo y un tercero y así se formó la primera palabra a la que siguió la primera frase, el primer párrafo... la antepenúltima hoja. Una ligera sensación de agonía, acompañada de un escalofrío, le asaltaba de cuando en cuando. Otra hoja, sólo queda una. Podría haberlo alargado pero para qué. El destino la esperaba disfrazado de amenaza inmaterial y oculta a cualquier sentido excepto ese del que renegamos: el instinto. Sólo así sabía que era real y que la aguardaba con una macabra sonrisa.

De cuando en cuando volvía la cabeza, aun sabiendo que sólo vería un muro vacío, con el único objetivo de mostrar, aunque de modo fútil, una independencia de lo que aparecía escrito. No podía escapar de lo que habitase en ese lugar pero tenía toda la intención de que la última página fuese exclusivamente suya.

Con gran esfuerzo retiró las manos del teclado y las puso sobre su regazo. Permaneció así mucho tiempo, inmóvil fundiéndose con la historia escrita, recordándola, asimilándola, convirtiéndola en parte de sí misma de nuevo. No, la última página no era suficiente. Lo quería todo. Le pertenecía. Las horas pasaron, la lucha con sus creaciones era dura, su mente derruía una y otra defensa, uno y otro bastión construido a la vez que escrito, mientras se sentía escrutada a su espada. Por última vez, sonrió y volvió a poner sus dedos en el ordenador dispuesta a acabar la historia. Antes de la primera pulsación murmuró: “No una. Más. Necesito más.” El aire pareció asentir aunque ella sabía que nada se había agitado. Entonces comenzó el final, un final de venganza pues nuevamente era el *Pancreator*, y su texto era la voz divina, *Metatrón*.

Las suyas eran las palabras y la condena de un dios vengativo que acababa con los hombres que pretenden matarle y ocupar su trono. Uno tras otro, los rebeldes murieron, bien ajusticiados, bien volviendo los dados en su contra. Notaba su odio pero ninguno odiaba más que ella. Odiaba su idea inicial, odiaba su creación, sus personajes,

las palabras que pronunciaban, odiaba esa habitación en la que estaba, los cuadros ahora desaparecidos, a la maldita presencia que se divertía a su costa, se odiaba a sí misma... a sí misma.

Esta revelación llegó cuando sólo quedaba una palabra por escribir. No podía ser de otra manera, sabía quién la acompañaba y la obligaba a seguir. Bajó la cabeza y con voz trémula, intentando evitar las lágrimas, musitó: “Eres yo, ¿verdad?”

Nadie respondió aunque el vacío tomó forma de mujer. Darla suspiró suavemente y finalizó la novela con esa última palabra restante: “Gracias”.

El golpe sordo de un cuerpo al caer fue lo último que se oyó.